

Escasamente dos años y medio separan el triunfo del «Movimiento 26 de Julio», dirigido por Fidel Castro, y la proclamación del régimen imperante en Cuba como «República democrática socialista». Muchas incógnitas rodearon el 1 de enero de 1959 el advenimiento al Poder del que desde toda América y en muy variados sectores fué mirado como un símbolo de liberación y héroe de una lucha antigua y llena de esperanza. Hoy, no todas aquellas incógnitas se han despejado, pero son hechos ciertos que Cuba es un país americano—¡el primero!—que se ha calificado a sí mismo con el título que adorna a las Repúblicas satélites de Moscú, que el equipo gubernamental cuenta entre sus componentes con importantes representantes del comunismo internacional, que las vinculaciones con los Gobiernos de Moscú y Pekín son fuertes y graves y la penetración chino-soviética abierta, que el régimen de terror y persecución impuesto tiene la misma factura de los que se han dado a conocer allí donde el comunismo se ha hecho dueño de la situación, que la acción gubernamental en todos los campos—desde el educativo hasta el policial, pasando por el agrario, el laboral, etc.—significa una aplicación estricta de los métodos de educación política del comunismo dirigido por Moscú para implantar su dominio mundial, y, en fin, que a todo lo largo y lo ancho del Continente, las fuerzas, declaradas u ocultas, del comunismo, van de la mano de los partidarios del castrismo.

Esta espectacular presencia del comunismo sobre el suelo americano ha levantado violentamente ante la conciencia de muchos hombres el tema de la ofensiva comunista sobre la América hispana. Se dice: he ahí el comunismo, y se apunta a Cuba como la demostración de que en Moscú se ha señalado la hora del asalto a Iberoamérica. La inclusión de Cuba dentro de la esfera de influencia soviética en un mundo dominado por la tensión en dos bloques, es ciertamente un hecho grave, pero puede llevar a engañosas apreciaciones cuando lo que intentamos es examinar con mayor perspectiva

el desarrollo del comunismo internacional en Hispanoamérica, y el papel jugado por este Continente en los objetivos de la expansión comunista.

En efecto, se ha escrito recientemente, tomando ocasión de la acelerada comunistización cubana, que «antes de la revolución de 1959 en Cuba y de la instauración del régimen de Fidel Castro, la América Latina no atraía especialmente la atención de la Unión Soviética»¹. No es ésta una opinión aislada, sino que expresa un criterio bastante extendido. Sin embargo, esto es inexacto, porque el comunismo, cuya difusión estudia y ordena la Unión Soviética, está presente en Hispanoamérica hace muchos años y las manifestaciones más recientes de su penetración, de las que la dirección de la revolución cubana es una de ellas, no pueden conocerse en todo su sentido sino poniéndolas en relación con este proceso que responde a un plan trazado y a unas tácticas que saben adaptarse a las exigencias de cada momento.

Por otra parte, quienes estudian la acción del comunismo en los pueblos hispanoamericanos saben que las consignas emanadas de los órganos directivos del comunismo, así como las tácticas utilizadas para su realización, no se han propuesto precisamente y como objetivo inmediato la implantación de repúblicas soviéticas sobre suelo americano—y en este punto la experiencia de Guatemala fué muy interesante—, sino la progresiva descomposición de la sociedad, la corrupción de las fuerzas y partidos que pudieran ofrecer resistencia, el desprestigio de la Iglesia, el confusionismo político, el colapso económico y la ruptura de la unidad continental.

Existen muchas ideas equivocadas sobre el comunismo en Hispanoamérica. Así, se especula constantemente sobre los logros que la acción subversiva puede conseguir en medios sociales en los que domina una situación de formidable injusticia, en donde considerables masas viven (?) en condiciones durísimas desde largo tiempo, en contraste con la ostentosa riqueza de unos pocos, y reciben hoy el impacto de una sociedad en trance de industrialización y con sus estructuras sometidas a rápida evolución. Y es cierto que tal estado de cosas constituye un buen caldo de cultivo y que, sobre todo, ofrece una bandera de seguro atractivo para captar a esas masas con el señuelo de promesas de elevación social en una república de régimen so-

¹ Vid. Robert J. Alexander: «L'action soviétique en Amérique Latine», *Le Contrat Social*, París. Instituto de Historia social, vol. V, núm. 2, marzo-abril 1961. El autor no desconoce que la «Unión Soviética ejercía allí una presión constante desde la segunda guerra mundial», pero no alude a la acción del comunismo en años anteriores.

cialista. Pero no se subraya que, aunque la acción comunista haya trabajado las miserables poblaciones agrarias e indígenas—mucho más atraídas por partidos populistas o nacional-revolucionarios que por el comunismo—, no es en ellas en donde ha ejercido su principal acción, ni en todo caso es en ellas donde se cuenta con los protagonistas del comunismo, sino en los intelectuales, los universitarios, las inestables e insatisfechas clases medias y el incipiente proletariado urbano. O se establecen fáciles equivalencias o relaciones causales que no corresponden a la realidad, tales como la de que régimen de fuerza o prohibición de partido comunista equivalen a acción comunista desarticulada, con lo que en rigor se demuestra no conocer las tácticas cambiantes del comunismo y las extrañas alianzas que le unen a partidos o figuras de fachada anticomunista. En esta línea de desconocimiento de la verdadera forma de operar del comunismo está también la falsa creencia de que sus órganos de actuación son los partidos comunistas oficiales, cuando la verdad es que ni son los únicos ni los más importantes vehículos para su acción.

Por todo ello y porque, en virtud de las circunstancias del actual momento internacional, la América comprendida entre Río Grande y Tierra de Fuego vive frente al comunismo internacional una hora decisiva, es conveniente intentar un reconocimiento más global y profundo del tema que nos ocupa.

Una conspiración mundial.

Por lo pronto, es evidente que siendo un postulado esencial de la doctrina marxista-leninista su expansión mundial hasta la inexorable extinción de los llamados «régimenes imperialistas y capitalistas», y la implantación de una sociedad comunista universal, ninguna zona del globo podía escapar a una acción que desde el principio se traza a escala mundial. Sin embargo, el comunismo ruso, triunfante en el país de los Zares desde la Revolución de octubre, atravesó por unos años difíciles durante los últimos de vida de Lenin, como consecuencia de luchas intestinas, rivalidades doctrinales y descalabros interiores y exteriores (retirada del ejército rojo en Polonia en 1920, sublevación popular de Kronstadt en 1921 y el hambre que azotó el país ruso ese mismo año). El comunismo ruso no había superado todavía su fase de consolidación en el interior, lo que disminuía su capacidad de amenaza para el exterior. La vocación universal del comunismo se mantuvo aquellos años en el plano doctrinal, por lo demás lleno de vaguedades y contradicciones. Pero la expansión hacia el exterior y la coordinación de las

nacientes fuerzas comunistas exigía un plan de acción y todo plan demanda un centro rector y una organización a su servicio. La III Internacional, en su segundo Congreso, celebrado en Petrogrado en 1920, logró articular e imponer a todos los partidos comunistas los principios bolcheviques del movimiento comunista mundial, de plena vigencia y actualidad hoy en día. Estas son las llamadas Veintiuna Condiciones de la III Internacional, aprobadas en Moscú el 19 de julio de aquel año. Por primera vez la Komintern extendía su mirada hacia el exterior con propósitos prácticos de una acción revolucionaria puesta al servicio de los intereses y objetivos de dominación mundial de la U. R. S. S. Se trataba de dibujar la táctica ofensiva contra el orden establecido en los países burgueses. La consigna básica fué ésta: «La lucha de clases entra en la fase de la guerra civil.» En la tercera de estas condiciones se decía, apuntando explícitamente a Europa y América:

«Los comunistas no pueden tener ninguna confianza en la legalidad burguesa. Tienen el deber de organizar, paralelamente, un sistema de organización ilegal, que en el momento decisivo ayudará al partido a cumplir su deber con la revolución en todos los países donde el estado de guerra y las leyes excepcionales no permitan a los comunistas proseguir su labor o comisión legalmente; es absolutamente necesario combinar la actividad legal con la actividad ilegal.»

El sometimiento absoluto a la dirección del Kremlin quedó establecido sin ambages. La condición 12. reza así:

«Los partidos pertenecientes a la Internacional Comunista deben estar constituidos sobre la base de un centralismo democrático. En nuestra época, de guerra civil aguda, el Partido Comunista no podrá hallarse en condiciones de poder cumplir su obligación más que estando organizado, en lo posible, sobre bases centralistas, con una disciplina de hierro y una dirección central sostenida por la confianza de las secciones del partido, dotado de un completo poder de autoridad y de elementos competentes.»

Y en la 14 se ordenaba:

«Todo partido que desee pertenecer a la III Internacional Comunista debe aportar su ayuda y auxilio a toda la República de los soviets que se halle en lucha contra las fuerzas revolucionarias.»

Quedaban establecidos de este modo los métodos que el comunismo iba a utilizar para sus fines y la férrea disciplina a que los componentes de los diversos partidos adheridos a la Komintern se verían sometidos desde entonces. Zínoviev y Manuilsky, los dos hombres clave, con Lenin, de la III Internacional, despacharon a todos los rincones del mundo sus agentes encargados de explicar las consignas adoptadas y enviar los informes correspondientes. Hasta Suramérica llegaron varios, de los que los más destacados fueron el japonés Sem Katayama y el letón-ruso Luis Guralsky.

Desaparecido Lenin en 1924, la III Internacional cayó en las manos de Stalin, quien, en el V Congreso (1925) figuró al frente de la delegación rusa, presidió el VI personalmente (1928) y desde entonces manejó todos los resortes de la ya bien organizada Komintern, teniendo por pantalla al búlgaro Dimitrov. Stalin, una vez dueño del aparato del Partido ruso, barrió a los colaboradores de Lenin y eliminó a los fundadores de la Internacional, haciéndose plenamente con el instrumento de proyección exterior del comunismo, al que se preocupó de dotar de todos los dispositivos adecuados para ejercer una vigilancia constante de los partidos comunistas constituidos en los países burgueses mediante una organización altamente centralizada y secreta. Las bases doctrinales ya estaban en las citadas Veintiuna Condiciones y un primer paso para una acción uniforme había sido dado en 1921 al adoptarse la táctica, ordenada como consigna imperativa a todos los partidos del mundo, del «frente común» con la socialdemocracia.

Con Stalin adquiere todo su vigor la vinculación entre Estado soviético e ideología comunista². Esta, en la que muchos oprimidos veían una solución a un estado de cosas injusto y a la que muchos militantes se entregaban con entera buena fe, no es sino un poderosísimo instrumento de captación mental al servicio exclusivo de la dictadura del Partido Comunista ruso, que conforma y da sentido al Estado soviético. Su fuerza descansa en una fe ciega y una disciplina férrea, de una parte, tal como ya quedó expresado en las Veintiuna Condiciones, y de otra parte, en un aparato poderoso, centralizado y secreto en su mayor parte, que asegura tanto la fidelidad a aquella fe y disciplina de todos los elementos comprometidos, como la eficacia en la aplicación de las tácticas estudiadas para cada realidad o

² «La U. R. S. S. no tiene intereses opuestos a los de la revolución mundial, y el proletariado internacional no tiene, naturalmente, intereses contrarios a los de la Unión Soviética». Kuorin, «El fascismo, la socialdemocracia y el comunismo», discurso ante el 13 pleno del Comité Ejecutivo de la Komintern, diciembre 1933. (Citado por Stephen King-Hall: *The Communist Conspiracy*. Londres, 1953, pág. 56).

situación. Sólo esto ha hecho posible esa extraña compatibilidad entre la continuidad de una doctrina y una mística y la discontinuidad de unas tácticas aparentemente contradictorias que tanto han sorprendido a los observadores del fenómeno, y que bajo la era staliniana alcanzó su máximo grado. Los órganos centrales y los canales del comunismo internacional se fueron montando año tras año.

Hispanoamérica, en los planes comunistas.

Por lo que respecta a toda la América hispana, el primer centro planificador fué el Secretariado Suramericano, creado en el seno de la Internacional Comunista, desde el que se dirigía la acción de los partidos comunistas locales que fueron naciendo en el curso de los años 20. El más antiguo de todos es el mejicano, fundado en 1919 y que ya estuvo representado en el II Congreso de la Komintern. En 1920 se fundaron el de Argentina, como una segregación de la izquierda socialista; el de Uruguay, también creado por decisión de la mayoría del antiguo partido socialista; el del Perú y las primeras agrupaciones comunistas de Honduras. Al año siguiente aparecieron los de Brasil, como consecuencia de la ruptura y consiguiente separación entre la fracción comunista y la organización anarquista; y el de Chile. En 1924 se creó el de Guatemala, como tantos otros, por elementos cismáticos de la izquierda socialista y aquel mismo año se adhirió a la Internacional. En 1925 se organizaron los de Ecuador, Cuba y El Salvador, y en 1926 el de Colombia. Finalmente, en 1928, el de Paraguay, que se adhirió a la Internacional Comunista en su VI Congreso, celebrado aquel mismo año. Con independencia de estos partidos oficialmente constituídos y adheridos a la Komintern, existían prácticamente en todos los países agrupaciones de orientación comunista que actuaban en colaboración con aquéllos y operaban como núcleos de atracción en sus países respectivos. Se hizo necesario coordinar los esfuerzos de todos los partidos para dar una orientación definida, de acuerdo con las consignas emanadas de Moscú. Por ello el Secretariado preparó por medio de su Comité Ejecutivo la «Primera Conferencia Comunista Latinoamericana», en la que debería actuar como agente especializado soviético el ya citado Guralski. La Conferencia se celebró en Buenos Aires del 1 al 12 de junio de 1929, y a ella asistieron 38 delegados de los partidos comunistas hispanoamericanos. Junto con el llamado «camarada Luis», asumieron los papeles de mayor relieve Victorio Codovilla, sin duda la figura número uno del comunismo hispanoamericano, miembro del Secretariado Sur-

americano, diplomado de Estado Mayor del Ejército Soviético y secretario del Partido Comunista argentino; y Edmundo Ghior, alias tras el que se escondía Orestes Ghioldi, miembro también en aquel entonces del Secretariado, igualmente diplomado del Estado Mayor rojo, encargado en la Argentina de la organización del «KIM», o sea el dispositivo de la Internacional de la Juventud Comunista, y hermano de Rodolgo Ghioldi, considerado como la figura número dos del Partido Comunista argentino.

Esta I Conferencia de Buenos Aires es de la mayor importancia³, porque allí se establecieron las líneas generales, así teóricas como prácticas, de la actuación comunista en todo el Continente. La lectura de las consignas dadas a todos los dirigentes comunistas hispanoamericanos por los agentes soviéticos citados, nos permite afirmar que entonces se echaron las bases para una acción que se ha desarrollado ininterrumpidamente hasta hoy en día, con las adaptaciones naturales a que cada momento y sus necesidades forzaban. Codovilla caracterizó entonces, hace más de treinta años, la lucha en que se empeñaba el comunismo para hacerse con la situación mediante la acción subversiva, con términos y planteamiento de la más rigurosa actualidad en 1961:

«... actualmente, en el orden internacional se debaten dos sistemas antagónicos, cuya coexistencia «pacífica» no puede durar por mucho tiempo más. Nos referimos al sistema capitalista y al socialista.

Como ya hemos dicho, todas las fuerzas capitalistas se coaligan cada vez más entre sí para la lucha contra la Unión Soviética, mientras ésta tiene el apoyo de las masas trabajadoras y de los pueblos oprimidos de todo el mundo⁴. La lucha se hace, pues, cada vez más inter-

³ «El Movimiento Revolucionario Latinoamericano», por el Secretariado Suramericano de la Internacional Comunista. Versiones de la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana, Ed. «La Correspondencia Sudamericana». Buenos Aires, 1929.

Pueden encontrarse amplios fragmentos de los textos de los discursos allí pronunciados en los trabajos de Alberto D. Faleroni, «La guerra secreta del comunismo en América Latina» y «El comunismo en las fuerzas armadas de Argentina», en *Estudios sobre el comunismo*, Santiago de Chile, núm. 30, oct-dic. 1960, y núm. 25, julio-septiembre 1959, respectivamente.

⁴ Como Codovilla hacía en este fragmento de su discurso un planteamiento de la proyección de la lucha contra la Unión Soviética en el campo de la política internacional, parece claro que esos «pueblos oprimidos» a que alude no son las clases indigentes y miserables en cada país, sino precisamente los pueblos subdesarrollados y de color, con cuya colaboración se cuenta. Se trata, pues, de una temprana alusión a uno de los problemas más agudos de la situación internacional de hoy.

nacional. Es preciso, entonces, internacionalizar más nuestros partidos, ligar más los problemas nacionales continentales a los internacionales.

Una de las formas de combatir el «provincialismo» de nuestros partidos es entonces la de ligarlos más a los problemas internacionales y hacer comprender a las masas trabajadoras que es preciso supeditar los intereses «nacionales», para la acción más amplia que se desarrolla en el frente internacional.»

Luis Guralsky dió la consigna oficial de Moscú para caracterizar la revolución y la lucha en Hispanoamérica: «... todos estamos de acuerdo, en el presente, para caracterizar el movimiento revolucionario de América Latina como de tipo democrático-burgués antiimperialista». Y para que quedara bien claro el contenido de esta caracterización, la explica en términos que deben ser recordados hoy:

«La revolución democrático-burguesa no es una revolución efectuada por los burgueses o pequeños burgueses democráticos para quitar el poder político a los grandes terratenientes conservadores.

La revolución democrático-burguesa tiene una misión económica: quebrar la dominación del feudalismo, del imperialismo, de la Iglesia, de los grandes terratenientes; liberar a la América Latina de las empresas imperialistas, solucionar la cuestión agraria, entregando la tierra a los que trabajan, sea bajo la forma de la repartición individual a los campesinos, sea devolviéndola a las comunidades agrícolas o colectivamente a los obreros agrícolas, bajo la forma de cooperativas de producción, de comunidades rurales o de empresas colectivas. Su finalidad es, pues, la nacionalización de las tierras, del subsuelo, del transporte y de las grandes empresas imperialistas; la anulación de las deudas del Estado, la acción del Gobierno obrero y campesino, sobre la base de soviets de obreros, campesinos y soldados, la supresión del ejército y su sustitución por la milicia obrera y campesina, etc.»

La planificación táctica se hace desde una gran perspectiva histórica, con plena conciencia de que el comunismo, para llegar hasta su objetivo, la revolución proletaria, habrá de aprovecharse de movimientos que le son ajenos, pero que contribuirán, al saberlos guiar, apoyar o explotar, a preparar el terreno:

«Si contemplamos la revolución proletaria en la perspectiva his-

tórica, vemos que no es un acto único ni momentáneo; es toda una época histórica, un largo proceso revolucionario que ha comenzado con el fin de la guerra mundial y que terminará con la victoria definitiva del proletariado.

«Nuestra posición a este respecto, debe estar condicionada por un doble carácter, su alcance histórico revolucionario y su contenido no proletario, a veces aun antiproletario. Nuestra tarea es defender esos movimientos contra el imperialismo que quiere sofocarlos; pero también trabajar en el seno de los movimientos para apoderarnos del movimiento de masas de los obreros y de los campesinos y orientarlo en el camino de la revolución democrático-burguesa, susceptible de transformarse en revolución proletaria»⁵.

Pero para hacerse con todos esos movimientos era necesario entrenar a los cuadros dirigentes de los partidos en los procedimientos tácticos que exigía el montaje de aquel «aparato ilegal» de que hablaba el italo-argentino Codovilla. Buena parte de las intervenciones de este agente soviético y de Orestes Ghioldi se aplicaron a esto. Este sentó las bases de una táctica destructiva en el seno de las fuerzas armadas, que no era sino la aplicación a los países suramericanos de los procedimientos adoptados por el VI Congreso de la Internacional Comunista para desarrollar una acción antimilitarista en los países coloniales y semicoloniales⁶.

Para realizar un trabajo efectivo en este orden, Orestes Ghioldi consideraba necesario estudiar las características de los ejércitos en los distintos países. Distinguía tres tipos: El ejército mercenario (que es el que ofrecía más resistencia), el basado en el servicio militar obligatorio y el nacional «que ya tiene su expresión en el ejército de Sandino»⁷. Luego aplicaba la técnica adecuada a cada tipo y distinguía de este modo:

⁵ Se hace aquí, como puede verse, una exacta aplicación de la doctrina clásica marxista, que distingue en el proceso revolucionario dos fases: una democrático-burguesa, en la que el proletariado ha de buscar la alianza con el campesinado y la pequeña burguesía, estimulando los intereses de estos grupos; y una segunda, la revolución proletaria, cuando el proletariado se ha hecho lo suficientemente fuerte para romper aquellas alianzas tácticas y puede ganarse y mantenerse en el Poder por sí mismo.

⁶ Este término es el utilizado por la Komintern para referirse a los países de Suramérica.

⁷ Augusto César Sandino levantó en 1926 un ejército popular y desencadenó la lucha de guerrillas durante años para oponerse a la intervención norteamericana consagrada por el Pacto de Tipitapa.

«Mientras que nuestro trabajo antiimperialista en los dos primeros casos debe tender a la disgregación del ejército, en el tercero, hacia su fortalecimiento, pero luchando por la hegemonía del proletariado en su dirección.»

Codovilla se expresaba así sobre la ventaja para los planes comunistas de contar con un ejército minado por la acción de las células encargadas del «agit-prop»:

«Creo que a nadie escapará la importancia que tiene para nosotros disgregar los ejércitos nacionales y hacer que en el momento de la acción (huelgas, insurrecciones, etc.), en lugar de tener a los soldados frente a nosotros, fraternicen con los huelguistas o los insurrectos.»

No pasó mucho tiempo sin que salieran al exterior pruebas de que las consignas ideológicas y los programas de acción de la Conferencia de Buenos Aires eran aplicados rigurosamente³. Era el paulatino montaje de aquel «aparato ilegal» de que había hablado Codovilla a los delegados americanos, pero constituyendo un dispositivo en el que cada una de las piezas sería puesta en movimiento desde los órganos centrales del Partido Comunista ruso, a los que conducían todos los hilos.

En 1930 se creó, dependiente del Departamento Militar del partido comunista argentino, una agencia secreta, conocida por la sigla A. A. A. (Asociación Antimilitarista Argentina), para llevar a la práctica las órdenes subversivas y de espionaje en el seno de los cuerpos armados. Dos años después el aparato se completaba con la creación en Buenos Aires del *Comité Nacional contra la guerra imperialista*, que, según explicaba su primer manifiesto, se había constituido contando con la adhesión «de la Federación Juvenil Comunista, Liga Antiimperialista, Comité de Unidad Sindical Clasista y Socorro Rojo Internacional», con el fin de «congregar a su alrededor a todos los organismos sindicales del proletariado de la ciudad y el campo, a las organizaciones campesinas de lucha, a las organizaciones de estudiantes e intelectuales revolucionarios...»

La creación de este órgano subversivo, con el que colaboraba una serie de células extranjeras integradas principalmente por rusos, búlgaros,

³ Sobre este punto recogemos algunos de los datos históricos que suministra, con mayor detalle, Alberto O. Falerni en su artículo ya citado, «El comunismo en las fuerzas armadas de Argentina», págs. 111 y sigs.

polacos y húngaros, fué seguida al poco tiempo por la aparición de *Lampazo*, «periódico de los soldados y marinos», editado por la Federación Juvenil Comunista, que se distribuía entre la tropa. La Federación Juvenil Comunista celebró en 1934, en Santa Fe, su III Conferencia Nacional, donde se aprobó una resolución con el título «La lucha contra la guerra imperialista y la agresión antisoviética», encaminada a «mejorar todo el trabajo ilegal de las células y de todo el aparato antimilitarista». Ahora bien, el apoyo en dinero, el material de propaganda y de difusión (películas, discos, etc.), las claves secretas, las designaciones personales, etc., procedían directamente de los órganos rectores de Moscú. Para esta labor de dirección, ayuda y también de vigilancia se utilizaba toda una red de agentes especializados, que ocultaban su personalidad tras de nombres españoles, y de agencias soviéticas con fachada de firmas comerciales, como la famosa «Juyamtory», cuyas verdaderas actividades fueron sacadas a la luz por la acción de la policía argentina⁹.

A fines del año 1934 se adoptaron en Moscú nuevos planes para Hispanoamérica. El VII Congreso de la Komintern fué convocado para aquél año, pero la lucha encarnizada de Stalin con los elementos más destacados de la primera época de la Internacional—en medio de la formidable purga fueron eliminados Kirov, Bela Kum, Zinoviev y el secretario de la Sección Suramericana de la Komintern, Sinani—, retrasó su celebración hasta el año siguiente. Como los delegados americanos y asiáticos no conocieron el retraso de la reunión hasta su llegada a Moscú, se celebraron en la capital soviética, antes del VII Congreso, unas conferencias secretas de la Gran Asia Oriental y de la América Latina. Por entonces las orientaciones del comunismo evolucionaban hacia la adopción de la táctica del Frente Popular, oficialmente impuesta poco más tarde en el VII Congreso. La cuestión se planteó en el curso de las discusiones de la Conferencia secreta suramericana, a la que asistían, entre otros, los brasileños Luís Carlos Prestes y Da Silva, el peruano Eudocio Ravines, el cubano Blas Roca y el argentino Rodolfo Ghioldi. Se enfrentaron dos tendencias: la de Dimitrov, que quería la implantación general del Frente Popular como medio de oponerse al fascismo, y la de Manuilsky, que propugnaba la aplicación de tácticas insurreccionales, donde las circunstancias permitieran sostener guerrillas. Esta última orientación fué, naturalmente, apoyada por Prestes. Al final se

⁹ A este punto de la «Juyamtory» alude directamente, con la fuerza de un testimonio personal, Jan Valtin (seudónimo del ex agente rojo Richard J. H. Krebs) en su libro *La noche quedó atrás*.

llegó a una transacción y el plan de acción para Hispanoamérica quedó trazado así: insurrección en Brasil, Frente Popular en Chile—tarea que se encomendó a E. Ravines—, exaltación nacionalista en México, formación de un partido gemelo de masas, partido de «hombres nuestros», en Cuba¹⁰.

La aplicación de la táctica del Frente Popular tuvo rápidamente éxito en Chile¹¹ y se logró extender y aplicar a la mayoría de las Repúblicas. Contribuyó mucho a ello el desarrollo de los acontecimientos internacionales. Aliada la U. R. S. S. a las potencias occidentales durante la II Guerra Mundial, muchos Gobiernos hispanoamericanos se apresuraron a reconocer a la Unión Soviética (Cuba en 1942; Nicaragua, Chile y Costa Rica, en 1944; Bolivia, Brasil, República Dominicana, Ecuador, Guatemala y Venezuela, en 1945; y Argentina, en 1946), y los comunistas locales encontraron la ayuda necesaria en administraciones que por lo mismo se aprestaban a colaborar con el bloque aliado.

Cuando en 1947 se inició la guerra fría, los comunistas concentraron sus fuerzas en la difusión de las consignas antiimperialistas y antiyanquis de Moscú y en hacer propaganda de la Unión Soviética, presentando su ayuda como decisiva para resolver los problemas económicos y sociales del Continente, así como su simpatía por la lucha de las fuerzas nacionales contra el dominador del Norte. Es el período en que se insiste por parte soviética en las ofertas para una intensificación de las relaciones comerciales¹² y culturales (táctica del turismo dirigido que ha dado magníficos resultados y ha alcanzado cifras enormes).

Esta línea de acción fué confirmada en noviembre de 1957, cuando se concentraron en Moscú varios delegados hispanoamericanos, bajo la direc-

¹⁰ Un relato de estos preparativos y del clima en que se desarrollaron puede leerse en la obra de un testigo de excepción, la del hoy ex comunista Eudocio Ravines, *La gran estafa*, págs. 225 y sigs. Sobre la categoría de «hombres nuestros» escribe lo siguiente, que es importante recordar hoy pensando en la génesis de la actual situación cubana: «Este sería el comunista que jamás se presentaría como tal; que, muy al contrario, llegaría a mostrar disconformidad con el partido comunista y a criticar sus debilidades o sus errores... Los «hombres nuestros» iban a ser comunistas esenciales, pero liberales, o socialistas, o anarquistas aparentes. Muchos de ellos trabajarían directamente vinculados a las altas cumbres de la Internacional, sin conexión con los Comités Centrales» (pág. 258).

¹¹ Vid. «L'expérience du Front populaire au Chili», *Est et Ouest*, París, número 145, 1-15 febrero 1956.

¹² Vid. mi artículo «La acción de la Unión Soviética sobre las Repúblicas americanas», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, 1956, núm. 81, págs. 155-164.

ción de Codovilla y Ghioldi, para asistir a la celebración del cuarenta aniversario de la revolución bolchevique. Las directrices que se dieron entonces se reducen a estas cuatro principales: apoyo decidido a los movimientos nacionalistas, infiltración en todos los partidos que representen esos movimientos, formación de frentes nacionales, democráticos y populares y propaganda dirigida a alimentar la hostilidad contra los Estados Unidos y difundir la lucha contra el «imperialismo yanqui».

Estas directrices serían reforzadas más tarde en Moscú, en la Conferencia de los partidos comunistas de noviembre de 1960.

Aparato directivo y preparación de agentes.

En 1943 Stalin disolvió la Komintern como un gesto de aproximación y buena voluntad hacia los aliados en la lucha contra el nazismo alemán y el fascismo italiano. Se trataba en realidad de una táctica oportunista, de esos zig-zag o pasos atrás de que ya hablaba Lenin. El comunismo internacional siguió manteniendo los agentes stalinistas y en Hispanoamérica las células clandestinas y los partidos comunistas oficiales siguieron desarrollando sus actividades favorecidos por las circunstancias. Algunos cambiaron de nombre, recalcando en su titulación el sentido populista, como «Vanguardia Popular» en Haití y Costa Rica, o «Partido Socialista Popular», en Cuba y Colombia. Pero la Komintern resucitó pronto bajo la forma de Buró Internacional de Información o Kominform, en 1947. En el comunicado publicado por la *Pravda* del 5 de octubre dando cuenta de su creación, se decía que su tarea consistía en «organizar el intercambio de experiencias entre los partidos y, en caso de necesidad, en coordinar sus actividades sobre la base de un mutuo acuerdo». Estaría compuesto por los representantes de dos miembros por cada Comité Central de los partidos, y su sede sería Belgrado.

La realidad es que la Kominform era la misma Komintern remozada, y su aparición tuvo gran importancia para Hispanoamérica, porque a poco de su nacimiento se siguió una reorganización del aparato directivo y secreto encargado de la penetración en aquella zona. En la reunión de la Kominform celebrada en 1948 en Belgrado, se propuso la creación de un Departamento Suramericano con competencia sobre toda Hispanoamérica. El dispositivo entonces planeado fué retocado y perfeccionado, con arreglo a lo que demandaban las necesidades y aconsejaba la experiencia, en 1952 y 1955. En consecuencia, los órganos que desde esos años quedaron encar-

gados del desarrollo del comunismo en Iberoamérica fueron los siguientes:

- La Sección VI de la Secretaría Exterior del Comité Central del Partido Comunista soviético, que es, en rigor, «continuación de una célula semejante de la Sección Exterior que manejaba la Komintern»¹³.
- G. U. J. A., sigla rusa de la Dirección Principal de América del Sur. Cuerpo directivo y secreto vinculado a la Secretaría Exterior, y punto de unión entre ésta y la célula para Hispanoamérica con sede en Ciudad de Méjico, cuenta con dos órganos de acción dotados de gran autonomía:
 - 1) El Colegio Investigador-Consultivo, encargado de la acumulación y estudio del material relativo a Hispanoamérica, y con los que asume la principal responsabilidad en la preparación de los planes de «colaboración económica, social, cultural, política», etc. Una vez elaborados los planes, pasan a
 - 2) La Oficina de Ayuda a las Democracias de Suramérica. La Oficina se encarga de su puesta en práctica, dando las órdenes y consignas a las células y agencias en Suramérica.

Cuando se dió vida a la Kominform, ésta contó inmediatamente con su correspondiente Departamento de Suramérica (sucesor de la Sección equivalente en la Komintern), que quedó establecido en Bucarest y fué conocido (aunque no por todos los militantes) con el nombre clave de «México». En la primera reorganización de este complejo dispositivo, efectuada en 1952, el Colegio de G. U. J. A. creó una Comisión de Investigaciones Económicas y Sociales para América Latina, con la misión de elaborar cuidadosamente los planes de penetración económica en Hispanoamérica y del sabotaje de las relaciones comerciales de estas Repúblicas con los Estados Unidos. La cabeza titular de este órgano era el economista rumano Mihai Broile, pero el jefe de hecho fué uno de los más importantes agentes soviéticos enviados a Suramérica, Imre Munich, húngaro de origen, aunque nacido en Rusia. Era todavía muy joven cuando la Secretaría Exterior le envió a Bucarest a or-

¹³ Vid. Pedro V. Domingo, «Los agentes soviéticos en América Latina», en *Estudios sobre el comunismo*, Santiago de Chile, núm. 12, abril-junio 1956. Sobre todo este aparato directivo del comunismo pueden encontrarse en su trabajo muy interesantes datos, así como en el del mismo autor titulado «Activistas de nota en América Latina», en la misma revista, núm. 19, enero-marzo 1958, donde se da la ficha de muchos de los comunistas que han intervenido en estos órganos.

ganizar «México», de la que fué el principal dirigente hasta que fué sustituido por el judío polaco Isidoro Gerschun, que con el seudónimo de «Ignacio Lobo» actuó en la guerra española.

Con la segunda reorganización de 1955, y la última de que tenemos noticia, se suprimió la Agencia de Bucarest y se dió vida a la «Junta suprema de la Libertad Latinoamericana», que quedó instalada en Ciudad de Méjico y a la que se designó con el nombre clave de «Ciudad». Esta célula parece ser una de las ocho organizadas por entonces por la Secretaría Exterior, llamadas O. P. U., sigla rusa de la designación «Directorio Ejecutivo». La OPU «YE» o «Ciudad» extendía su competencia a todos los asuntos de la América hispana, incluido el Caribe, y su misión esencial consistió desde entonces en ejercer el control de todas las actividades comunistas en aquella vasta zona, vigilar a los partidos comunistas, a sus filiales legales o clandestinas, coordinar y dirigir las operaciones criptocomunistas, seleccionar los elementos más aprovechables e informar a G. U. J. A., en Moscú, de todo ello. Todas las Agencias regionales de la Kominform («Junta Revolucionaria de Centroamérica y el Caribe», J. R. C. A. C.; «Junta del Pacífico», J. P.; y «Junta del Atlántico», J. A.), quedaron sometidas a ella.

Es significativo que el conocimiento de la existencia de G. U. J. A. es algo reservado a los dirigentes más señalados, y el papel desarrollado por «Ciudad» cerca de los partidos del Continente es también desconocido por muchos militantes.

Si volvemos la vista veinte años atrás desde esta fecha (1955), en que hoy sabemos estaba plenamente montado un engranaje de «agit-prop» para toda Hispanoamérica, y nos situamos en aquel año en que se dió la consigna de seguir la línea táctica del Frente Popular y del Camino de Yenan, podremos darnos cuenta de que el comunismo internacional ha caminado con gran perseverancia, astucia y conocimiento de la realidad. Toda Suramérica fué incluida tempranamente en los planes de expansión comunista, se trazaron planes estudiados expresamente para aquel Continente y, ya bajo Stalin, se fueron montando año tras año los instrumentos necesarios para asegurar la acción emprendida. Se ha observado en muchas ocasiones que, numéricamente hablando, los partidos comunistas tienen poca fuerza en comparación con otras agrupaciones políticas, y en cambio su influjo y penetración es muy grande¹⁴. La explicación es ésta: los partidos oficiales no son el

¹⁴ Tomando el conjunto de los partidos comunistas y de los que trabajan con ellos ocultos bajo otro nombre, se calcula que la totalidad de los adheridos a las fuerzas del comunismo internacional no sobrepasa los 300.000 en toda Hispanoamérica, repartidos

único ni el más importante instrumento de acción comunista. Al margen de ellos, si bien en conexión y siempre vigilándolos, funciona un vasto aparato de penetración, montado y dirigido desde las más altas y secretas esferas del Comité Central de Moscú, en el que un papel importante, sobre el terreno, corresponde a las cuatro Embajadas soviéticas clave en Hispanoamérica (Méjico, Buenos Aires, Montevideo y La Habana), y luego a las Legaciones y Consulados¹⁵. Desde ellas se maneja la red tupida de agentes soviéticos e instituciones camufladas. Por otra parte, el comunismo ha actuado en muchos países por el sistema del *desdoblamiento de partidos*, de modo que al lado del oficial comunista, muchas veces combatido desde los Gobiernos, o empujado a la acción clandestina por las disposiciones que lo declaran ilegal, operan abiertamente otros partidos de carácter socialista y popular que, en rigor, sabemos son comunistas y actúan de acuerdo con consignas de Moscú.

Esto hace extraordinariamente complicado el cuadro de fuerzas lanzadas por el comunismo al campo de la lucha política, oficial o secreta.

aproximadamente así: Méjico, 80.000 (de ellos, 75.000 del Partido Popular de Lombardo Toledano); Argentina, 75.000; Brasil, 50.000; Venezuela, 35.000; Chile, 25.000; Cuba, 12.000; Perú, 6.000; Colombia, 5.000; Uruguay, 3.000; Ecuador, 1.000; Guatemala, 1.000. En las otras Repúblicas las cifras son solamente de algunos centenares, y no en todas. Datos tomados de *Est et Ouest*, París, núm. 230, 1-15 febrero 1960, pág. 11.

En esta misma publicación, en el núm. 212, correspondiente a la segunda quincena de marzo de 1959, pág. 19, puede verse un cuadro completo, por países, de los partidos comunistas locales, con indicaciones de su fuerza electoral.

Dos de las grandes figuras soviéticas del comunismo internacional, Kuusinen (en *Pravda*, 22 noviembre 1958) y Ponomarev (en *Kommunist*, núm. 15, 1958), aseguraban que a fines de 1957 los efectivos de los veintiún partidos comunistas hispanoamericanos reunían 360.000 miembros. Cifra, sin duda, exagerada, con fines de proselitismo y propaganda.

¹⁵ La Embajada soviética en Montevideo siempre fué muy importante. En primer lugar porque el Uruguay, tanto por su situación geográfica como por la libertad en que se desenvuelve la vida del país, fué utilizado por el comunismo para hacer de esta República el centro principal de difusión de propaganda para todo el Continente; y en segundo lugar, porque contaba con un personal muy numeroso (más del medio centenar de funcionarios), lo que hace pensar en que desplegaba una actividad inusitada para un país tan pequeño. Esta importancia se ha visto ahora realizada por la llegada, el 4 de marzo pasado, del nuevo Embajador: Serguei Striganov. Este personaje era hasta ahora nada menos que el director general del Departamento Latinoamericano del Ministerio de Asuntos Exteriores soviético. No está desprovisto de interés también que un agente al servicio de la Embajada es Alexis Latendorff, quien ha jugado un papel destacado en la escisión del partido socialista argentino, cuya facción de izquierda ha entrado en colaboración con los comunistas. Su mujer, Dasis Guira de Latendorff, es además funcionario del servicio cultural de la Embajada cubana en Montevideo.

Se ha de tener en cuenta también que desde los órganos directivos del comunismo internacional no se ha ocultado cierto desprecio o desconfianza hacia los cuadros dirigentes, y a los militantes en general de los partidos comunistas oficiales suramericanos, aunque en la historia de esta gran conspiración mundial figuren en la cumbre algunos nombres de agentes hispanoamericanos (tales los italo-argentinos Codovilla y Ghioldi, el mejicano Lombardo Toledano—oficialmente no comunista—o el brasileño Prestes). Encontramos testimonio de esto en algunos ex comunistas que desempeñaron misiones importantes en la Komintern y que luego nos han ilustrado con sus confesiones al romper con el movimiento comunista—como el ya citado E. Ravines—, o también en declaraciones o discursos de importantes personajes soviéticos. Valgan como botón de muestra estas palabras admonitorias del jefe del Secretariado Extranjero, Suslov, en su discurso pronunciado ante los delegados de los partidos comunistas hispanoamericanos que asistían en Moscú, en octubre de 1952, al XIX Congreso del partido comunista soviético: «La debilidad evidente de los movimientos democráticos latinoamericanos no se debe al hecho de estar en la esfera de influencia de U. S. A., sino a la falta de un conjunto de agentes bien adiestrados y preparados para la acción directa e inmediata.»

Por esto es por lo que no ha de extrañar que en las células directivas («Ciudad») o en las regionales, el personal esté formado en su gran mayoría por agentes rusos, búlgaros, checos, húngaros, etc., bien escondidos tras nombres españoles y con un conocimiento perfecto del español y el portugués, o que en los últimos diez años Moscú haya cuidado la preparación de los agentes hispanoamericanos en centros «ad hoc» situados en la U. R. S. S. o en la Europa oriental. Antes de la segunda guerra mundial, la instrucción de estos agentes de Suramérica y el Caribe presentaba cierta dificultad, y por eso no fué muy elevado el número de los individuos seleccionados que pasaron por las tres principales instituciones de instrucción o escuelas especializadas del comunismo: T. O. K. I., sigla rusa del Instituto Comunista del Océano Pacífico, en Khaborosc; U. R. V., sigla de la Universidad de Trabajadores del Este, en Moscú, y K. U. N. Z., sigla de la Universidad Comunista de Pueblos Occidentales, en Moscú.

Después de la II Guerra Mundial, con la expansión territorial soviética sobre Europa, el desarrollo enorme de la red de espionaje de la Unión Soviética y la consiguiente mayor profundidad alcanzada por la penetración comunista en los países subdesarrollados, se ha facilitado mucho esta tarea de instrucción, que además era una urgencia para servir a la tác-

tica adoptada en la guerra fría de concentrar los esfuerzos en el sentido de minar y neutralizar la influencia de los Estados Unidos en todo el Continente. A partir del XIX Congreso se inició una labor cuidadosa de reclutamiento de agentes en toda Hispanoamérica, pero también en Europa y Asia, para ser instruidos y operar luego en aquella región. La instrucción se comienza normalmente en escuelas clandestinas localizadas en diversas ciudades hispanoamericanas, bajo la dirección de un profesorado constituido por agentes también hispanoamericanos de probada garantía. Unas veces los cursos son dirigidos por los partidos comunistas locales, otras no. Está comprobado que el «Movimiento de Partidarios de la Paz», sostenido por el comunismo internacional, aunque de fachada aparentemente apolítica, extendido por todas las Repúblicas, tiene desde 1952 una participación destacada en la instrucción clandestina de agentes. También está comprobado que la selección de los candidatos a agentes se hace en primer lugar por los partidos comunistas locales, pero la aceptación definitiva la dan los representantes de la Kominform en «Ciudad».

De acuerdo con la práctica del comunismo internacional, estos centros clandestinos de instrucción se designan con nombres claves: las escuelas o cursos pertenecientes a los propios partidos comunistas locales utilizan la palabra «Tintorería» (abreviada, «Tin»), y cuando se trata de escuelas no del propio partido, «Algodón» (abreviada, «Al»). Según un cuidadoso observador de estas actividades clandestinas, «a comienzos de 1956 existían presumiblemente en el conjunto de los países latinoamericanos: 17 escuelas de capacitación progresista «Algodón» y nueve escuelas de capacitación marxista «Tintorería»¹⁶.

Se puede creer, sin embargo, que quizá son más numerosas, porque posteriormente se ha descubierto alguna de la que no se tenía noticia. Este fue el caso de la Escuela Latinoamericana de Instrucción de Cuadros del Partido Comunista (clase «Tin»), llamada «Aurora», descubierta por la policía bonaerense el 25 de septiembre de 1958. Contaba con cerca de una docena de instructores y fueron sorprendidas en ella veinticuatro personas que vivían en régimen de internado muy estricto (hasta el punto de ser desconocidos por los propios vecinos del local) y que habían llegado a Argentina (principalmente de otros países hispanoamericanos) aproximadamente un año o

¹⁶ Vid. Pedro V. Domingo, «Preparación del personal de agentes comunistas destinados a Latinoamérica», en *Estudios sobre el comunismo*, Santiago de Chile, número 13, julio-septiembre, 1956.

año y medio antes, provistos de pasaportes como estudiantes con ese destino. Se supo entonces que el centro «Aurora» gastaba para su sostenimiento unos 40.000 pesos argentinos mensuales, y por un documento encontrado, fechado en diciembre del año anterior, se conoció con precisión la finalidad que se perseguía:

«La existencia de poderosos partidos comunistas es condición indispensable para el triunfo de la causa emancipadora de nuestros pueblos. Por eso es tarea urgente fortalecerlos para acelerar la acción de los frentes democráticos y asegurar la realización de la revolución democrático-burguesa en tránsito hacia el socialismo. Nuestra escuela es una contribución a esos fines, puesto que al facilitar el conocimiento y la profundidad de algunos principios esenciales del marxismo-leninismo, nos permitirá una más cabal interpretación de la línea política de nuestros partidos y una más audaz aplicación.»

Se trataba, pues, de un centro de instrucción de carácter interamericano, del mismo tipo de aquel otro «Centro Administrativo» del que se tiene noticia y era designado con el nombre clave de «Casa del Sábado», que parece fué el primero en preparar dos clases de agentes especializados: de desintegración y combate, y de información y propaganda. Su origen está vinculado al partido comunista ecuatoriano, cuyo Comité Central informó a finales de 1950 a «Ciudad» de que tenía esos grupos de agentes preparados para «las operaciones». A la vista de esto, la Sección VI convocó al entonces secretario del partido comunista ecuatoriano, Ricardo A. Paredes, y al poco tiempo «Ciudad» recibía de Moscú la orden de preparar en una escuela central «grupos democráticos» que en su caso «pudieran reemplazar de inmediato y eficazmente a los elementos fascistas de la administración civil y militar existentes por el momento en los distintos países de Latinoamérica».

La «C. del S.» inició su funcionamiento en 1951. Su sede estuvo primero en Méjico, al amparo de la C. T. A. L. de Lombardo Toledano; estuvo luego funcionando en Guatemala, durante el tiempo del régimen comunista de Arbenz, y cuando éste fué derrocado pasó a Colombia.

Otros agentes seleccionados para ser instruidos en tácticas de sabotaje, insurrecciones y combates traspasaban los límites continentales y se les dirigía al centro denominado «Obdor Konstrukne Stavebni» (posteriormente designado «Antical»), en un suburbio de Praga¹⁷. Iguales a este centro se

¹⁷ A este Centro se refiere Daniel James: «En Praga... se encuentra el pretendido.

organizaron otros en Rumania y Bulgaria. Del que se tienen más noticias es de uno con el carácter de una academia militar y política soviética que funciona en Eslovaquia para los grupos de sabotaje y revueltas y de partidarios en los países latinoamericanos. Según información recogida por Pedro V. Domingo, «dicho centro está sometido al R. A. F. (Resistencia Anti-fascista, anexo militar del partido comunista español, cuyo cuartel general se halla ahora en Praga, con una sucursal muy activa en Yugoslavia¹⁸. Lo dirigían—según la fuente que manejamos—los generales comunistas españoles Antonio García Cordon, Luis Fernández y Juan Blázquez». Al parecer, funcionaba desde 1955, contaba regularmente con más de 50 alumnos, con profesores rusos, checos y españoles, y en calidad de tales pasaron por sus aulas el ex Presidente de Guatemala, Arbenz, y el criminal español, Lister.

Los partidos comunistas y sus tácticas.

Contando con todo este aparato, dirigido y controlado desde Moscú, que dispone cada año de un número mayor de agentes especializados instruidos dentro y fuera del Continente, no es de extrañar que la presión ejercida por las fuerzas del comunismo internacional se haya acentuado considerablemente en los últimos años. No hace mucho, V. Codovilla escribió que:

«Los pueblos de Latinoamérica toman conciencia cada vez más de la necesidad de crear amplios frentes democráticos y nacionales, así como Gobiernos de unión democrática... Son estas posibilidades perfectamente realizables, porque los partidos comunistas de América Latina se han convertido, o están en camino de convertirse, en partidos influyentes»¹⁹.

Instituto de Estudios de las Relaciones con América Latina. Este Instituto forma agitadores, espías y saboteadores que han de operar en América Latina; su alumnado es de 750 estudiantes, de los que alrededor del 15 por 100 está inscrito en la Escuela de Relaciones Internacionales... Esta reunión de comunistas procedentes de América Latina y de Europa para estudiar juntos busca inculcarles un espíritu de equipo. Después de la obtención del diploma, los latinoamericanos vuelven a sus países respectivos...», *Red Desing for the Americas: Guatemala Prelude*, John Day Co., New York, 1954, pág. 203.

¹⁸ Hay que tener en cuenta que la información recogida por P. V. Domingo data de 1956, por lo que nada se puede asegurar que todo siga igual hoy. En todo caso, no tenemos otras noticias de tal Centro.

¹⁹ En *La Nouvelle Revue Internationale*, núm. 5, enero 1959, pág. 31.

Lo mismo que antes advertíamos sobre el hecho cierto de que el poder de penetración del comunismo no se puede medir por las cifras (aun ampliadas por la propaganda) de los militantes de los partidos comunistas, también hemos de señalar que la influencia en la sociedad y en los cuadros administrativos y gubernamentales no puede deducirse del hecho de que en tal o cual país el partido esté declarado ilegal, y por ello no tenga acceso a las elecciones. País hay, como Bolivia, en que, siendo ilegal, ha podido participar en las elecciones desde 1956, o como el Perú, en donde, declarado ilegal en 1948, ha conseguido sacar elegido a un senador dos años más tarde. Esto demuestra que es muy peligroso sacar consecuencias del estatuto legal de los partidos comunistas en Hispanoamérica. Un caso muy aleccionador sobre las tácticas de los partidos dobles es el de Méjico. El partido comunista mejicano, único oficial, en el que actuaba como secretario general hasta fines de 1959 Dionisio Encinas, súbitamente eliminado por «desviacionista», es numéricamente muy débil (unos 5.000 militantes), teniendo en cuenta la población del país (30 millones). A su lado, como una desviación de él que data de 1934, existe el Partido Obrero y Campesino, dirigido por Valentín Campa, otrora gran figura del partido oficial hasta que se negó a seguir las instrucciones de Moscú, que le ordenaba someterse a Vicente Lombardo Toledano. Sus efectivos son también muy escasos. La ley mejicana exige un mínimo de 75.000 adheridos para que un partido pueda ser reconocido y admitido oficialmente en la vida política del país. Pues bien, el partido extremista de reconocida circulación en Méjico (aunque parece que esa cifra de militantes nunca ha sido verdad más que en el papel y la patente de circulación la obtuvo su organizador mediante extrañas combinaciones con el Gobierno), es el Partido Popular de Lombardo Toledano, fundador de la C. T. A. L., afiliada a la Federación Sindical Mundial (F. S. M.), dirigida por el comunismo, uno de los más eficaces y distinguidos «hombres nuestros» del movimiento comunista mundial. Oficialmente no comunista, el Partido Popular opera, sin embargo, con consignas de Moscú y su influencia sobre Méjico es enorme y aun sobre la zona toda de Hispanoamérica es indudable también, por el papel destacado de su jefe en el ámbito sindical, aunque ahora esté en baja.

Por otra parte, las sorprendentes alianzas que el comunismo logra mediante su táctica del Frente Popular (consigna de Moscú en el VII Congreso de la Internacional Comunista, en 1935), hacen peligrar los pronósticos sobre las posibilidades de los partidos comunistas. En 1947, el partido comunista chileno había adquirido una gran fuerza. En las elecciones de abril

obtuvo casi 100.000 votos y situó cinco senadores y quince diputados. El Gabinete del Presidente González Videla llegó a tener tres carteras (Obras Públicas, Tierra y Colonización y Agricultura), de un total de once, en manos comunistas. Las investigaciones subsiguientes a una huelga carbonífera provocada por los comunistas demostraron que aquellos actos subversivos habían sido dirigidos desde las Embajadas de Checoslovaquia y Yugoslavia. Este fué el origen del debate parlamentario que concluyó con la promulgación de la ley llamada «Defensa Permanente de la Democracia» (3 de septiembre de 1948), que declaró ilegal el partido comunista. Tal era su estatuto legal cuando en las elecciones de 1957 para el Parlamento, los votos comunistas, unidos a los de la coalición del Frente Popular (F. R. A. P., suscitado y dirigido por el partido comunista clandestino, le permitió obtener nueve senadores de un total de 45 y 21 diputados de un total de 147. Derogada al año siguiente la Ley de Defensa²⁰, el partido comunista, ya legal, consiguió en las elecciones presidenciales de septiembre de 1958, que el candidato del F. R. A. P. obtuviera el 29 por 100 de los votos.

No menos sorpresas revela el análisis de las tácticas empleadas por el comunismo con los regímenes dictatoriales, logrando alianzas ocultas que les aseguran la continuidad de su acción, no obstante que esos regímenes desarrollan «cara al público» una política anticomunista. Es éste uno de los capítulos más sabrosos de la conspiración comunista en Hispanoamérica, que revela su astucia y conocimiento del terreno²¹. En realidad se trata de una aplicación de la táctica conocida como «El Camino de Yenan».

El caso de Cuba.

El Movimiento 26 de Julio conquistó un gran número de adeptos en toda América cuando combatía a Batista y su régimen desde Sierra Maestra. La oposición al dictador, que para defenderse había tenido que aumentar sus medidas de represión, vió en Fidel Castro el hombre capaz de dar fin a la situación de intranquilidad y protesta que reinaba en Cuba. No era el único en combatir a Batista, pero su lucha a campo abierto y la aureola que rodeaba a Fidel desde el intento de asalto al cuartel Moncada, dotaba a él

²⁰ Un verdadero regalo hecho por el Presidente Ibáñez al movimiento comunista antes de concluir su mandato.

²¹ Vid. a este respecto las obras de Víctor Alba, *Historia del Frente Popular*, México, 1950, y *Esquema histórico del comunismo en Iberoamérica*, Méjico, 1960, 3.ª ed. Del mismo autor, el artículo «Communisme et césarisme en Amérique Latine», en *Le Contrat Social*, París, vol. V, núm. 2, marzo-abril 1961.

y su Movimiento de un carácter singular. Por otra parte, en los propios Estados Unidos había encontrado quienes se ocuparon de presentarlo a la opinión lleno de gloria heroica y como paladín de la libertad. Los tres artículos publicados a comienzos de 1957 por Herbert Matthews en primera página del periódico *The New York Times*, y la entrevista que Fidel Castro concedió a un redactor del mismo periódico poco antes, en la que se le presentaba comparándolo con Abraham Lincoln, valieron más para la fama del jefe de guerrilleros que toda una campaña de prensa.

Derrotado Batista e instalados Fidel y sus hombres en el Poder, se abrió un paréntesis de expectación en muchos americanos que habían seguido con esperanza las incidencias de la lucha. Noticias sobre la filiación de bastantes de los elementos que lo rodeaban, declaraciones de los jefes del comunismo cubano (Marinello y Roca) y el espectáculo de inusitada crueldad dado por la forma como fué organizada la represión contra los cómplices de Batista, justificaban esa expectación. Pronto se supo que los fusilamientos, persecuciones o encarcelamientos no sólo alcanzaban a quienes habían tenido participación en el mantenimiento de la dictadura batistiana, sino a personas que habían probado suficientemente su carácter de opositores al régimen anterior y también su ideología anticomunista. Se pueden encontrar cientos de testimonios en periódicos y revistas de Hispanoamérica a lo largo del año 1959 y principios de 1960 que demuestran el desagrado por los rumbos que tomaba en Cuba la revolución triunfante y también la resistencia a calificarla apresuradamente de revolución comunista. Los hechos ponían en evidencia, no obstante, que la mano del comunismo andaba en el juego. Y como paralelamente al desarrollo de la revolución en el interior fué aumentando, por una parte, la tensión con los Estados Unidos, y siendo cada vez más claras las vinculaciones del Gobierno de La Habana con el bloque comunista, se fué haciendo más general un intento de explicación que puede expresarse así: Primero. Castro no es comunista, pero a su lado figuran elementos comunistas o criptocomunistas, y de aquí que en muchas medidas de gobierno se haga patente una creciente comunización; segundo, siendo un movimiento popular y nacionalista, era natural su antiyanquismo, que se ha acentuado hasta empujar a Fidel hacia el bloque chino-soviético por las torpes medidas, sobre todo económicas, de Washington.

Las interrogantes acerca de si Fidel Castro es o no comunista o criptocomunista se han hecho constantes. Un gran sector de la opinión lo niega rotundamente. Es más, se alegan discursos y manifestaciones del propio Castro en que manifiesta ser enemigo de los comunistas o de los «extremistas

de izquierda», a los que quería cortar el paso en la revolución, y se recuerda la hostilidad y falta de colaboración de los comunistas respecto al Movimiento 26 de Julio. Se trae a colación principalmente a este propósito que fueron los comunistas los que hicieron fracasar la orden de huelga general dada por Castro en abril de 1958.

En rigor esto no prueba nada. Primero, porque se pueden citar otros testimonios del propio Castro en que no es hostil a los comunistas o actitudes que implican aceptación de declaraciones enteramente procomunistas de hombres claves de su régimen. Segundo, porque dado todo lo que hemos escrito anteriormente, se ha de deducir que el comunismo utiliza reiteradamente y como cosa normal las tácticas dobles.

Los que aseguran que Fidel es comunista nos recuerdan sus actividades revolucionarias y terroristas desde poco antes de graduarse en la Universidad, su participación en el bogotazo²², sus vinculaciones con los comunistas en Méjico durante su estancia allí, junto con su hermano Raúl, como exiliado, y cuando preparaba la operación «Gramma». La verdad es que sobre todo ese período de la vida de Fidel hay mucho oscuro y no se han aportado hasta ahora datos muy concluyentes.

Sin embargo, son hechos ciertos los siguientes:

1) Que una de las primeras actividades revolucionarias de Castro fué su participación en 1947 en un desembarco en Santo Domingo contra el régimen de Trujillo, que fracasó, y cuya acción iba dirigida por dos comunistas.

2) Que participó efectivamente en los sucesos revolucionarios de Bogotá en 1947, aunque su papel en los mismos permanece todavía desconocido, y las únicas precisiones que se poseen son: a) Que Fidel Castro y Rafael del Pino llegaron a Colombia el 29 de marzo de 1948, y descendieron en el aeropuerto de Medellín. b) Que el 3 de abril distribuyeron en el teatro Colón, durante un espectáculo al que asistían el Presidente Ospina Pérez y delegados de la Conferencia, folletos de orientación procomunista conteniendo ataques a los Estados Unidos, por lo que fueron expulsados del teatro por la policía. c) Que en la habitación 33, que ocuparon en el hotel Claridge, de

²² En las declaraciones hechas por el último embajador norteamericano en La Habana, M. Earl E. T. Smith, ante el *Senate Internal Security Subcommittee*, encargado de una encuesta sobre Fidel Castro, su persona y su régimen, aquél dijo saber por confidencias de un diplomático que Castro había asesinado por su propia mano, durante los sucesos revolucionarios de Bogotá, a un religioso y dos sacerdotes. Este extremo parece haber sido negado explícitamente por Fidel y, en todo caso, no se ha podido confirmar la información por ninguna otra fuente.

Bogotá, fué descubierto a su marcha material de propaganda comunista, de lo que fué informado el jefe del Departamento de Extranjeros, Camilo Costés Zapata, e incluso un documento que les acreditaba como «agentes de primera clase en el Tercer Frente de la U. R. S. S. en América del Sur». d) Que el día 13 dejaron el hotel con destino ignorado²³.

3) Que en 1956 marchó a Méjico como exiliado, donde entró en relación con elementos que trabajaban en las células comunistas trasladadas desde Guatemala con motivo de la caída del régimen de Arbenz, principalmente con «Che» Guevara, a quien entonces conoció y con el que le unió desde entonces una gran amistad.

Todo esto demuestra, en verdad, que Fidel Castro estuvo en los años anteriores a la lucha de Sierra Maestra en contacto con gentes vinculadas al comunismo. Si se llegaran a probar cada uno de los extremos enunciados sobre sus actividades en Bogotá (y, que sepamos, nada ha dicho la policía colombiana, única que podría saberlo con seguridad) la condición de comunista de Fidel Castro no ofrecería duda. Nadie se ha atrevido a decir que Fidel posea un carnet comunista. Pero también es verdad que esto no tiene ninguna importancia, y que buscar la solución al enigma como quien rellena los datos de una ficha personal es ponerse en buen camino de no entender nada o ser de una gran ingenuidad. Sabemos sobradamente que el comunismo tiene agentes de primera importancia que no aparecen oficialmente como comunistas—caso Lombardo Toledano—, y también que es completamente cierto que entre las categorías de agentes hay unos, los «hombres nuestros», a los que Moscú ha asignado una tarea encubierta, de doble faz, de forma que siendo comunistas esenciales han de criticar y aun atacar el comunismo en determinados momentos y siempre negar su vinculación directa. No queremos decir con esto que Fidel sea de esa categoría, sino solamente poner en conexión los hechos o datos que conocemos de él con los que sabemos de las tácticas comunistas, porque de otra manera sería no utilizar algo que poseemos para penetrar los misterios que siempre rodean la agitación comunista.

Pero esto no tiene demasiada importancia. Aquí también tiene aplicación la máxima evangélica de que «por los frutos los conoceréis». Plantearse hoy como una incógnita si el régimen cubano es o no comunista, es un despro-

²³ Declaraciones publicadas en la prensa del Brasil, el 23 de marzo de 1959, por Carlos Pena Botta, presidente de la Confederación Interamericana de Defensa del Continente. *Estudios sobre el comunismo*, núm. 26, octubre-diciembre 1959, pág. 107.

pósito. No es necesario esperar a la declaración de Fidel Castro, con posterioridad a la fracasada invasión de la primavera de este año, para considerar al régimen cubano como una República de titulación comunista. La consagración oficial del régimen cubano como régimen vinculado al comunismo internacional la encontramos ya en noviembre de 1960. En la Conferencia que reunió en Moscú 81 partidos obreros y comunistas se fijaron las directrices tácticas que deben seguir los partidos comunistas en los años inmediatos. Allí se acuñó un nuevo término político para calificar a los Estados de vinculación comunista—como se puso en circulación después de la II Guerra Mundial el término de las «Repúblicas democráticas populares» para designar a los Estados satélites de Moscú—. Este nuevo título es el de «Estado independiente de democracia nacional». En la Declaración de Moscú se decía lo siguiente:

«En la actual coyuntura histórica, se dan circunstancias favorables, tanto internacionales como interiores, para la formación en numerosos países de un Estado independiente de democracia nacional... Los partidos comunistas luchan enérgicamente para llevar a buen fin la revolución antiimperialista, antifeudal y democrática; para crear Estados de democracia nacional.»

En el informe leído por Walter Ulbricht al final de los trabajos de la Conferencia de Moscú, se presentó a Cuba como el modelo único de un tal Estado, de entre todos los regímenes asiáticos, árabes y suramericanos:

«Indiscutiblemente, la revolución del pueblo cubano ha creado un Estado nacional democrático. Este Estado no solamente ha realizado las tareas del movimiento nacional y de la revolución democrática; ha emprendido, además, la lucha total por el progreso social.»

Las tres condiciones, que sólo se dan en Cuba, para que un Estado sea considerado con tal designación, son:

1) La independencia nacional y política, o sea la ruptura de todas las alianzas militares, diplomáticas, etc., con el bloque occidental y el paso al «neutralismo positivo» en la política internacional.

2) La ruptura de las relaciones económicas y comerciales con el mundo occidental y la creación de lazos de este género con el bloque comunista.

3) «El orden democrático en el interior», o participación del partido comunista local en los asuntos del país.

Al mes siguiente, el dirigente cubano «Che» Guevara se entrevistó en Moscú, como jefe de una delegación comercial, con el vicepresidente del Consejo de Ministros de la U. R. S. S., Mikoyan, y el comunicado publicado el 19 de diciembre, luego de anunciar una serie de acuerdos de comercio, culturales y de asistencia técnica, declara que «durante las conversaciones las dos partes han discutido los problemas relativos a la situación internacional actual y reafirmado su acuerdo». Cuba reconoce que «la Unión Soviética es la nación más poderosa del mundo», y como retribución por este sometimiento a la jefatura soviética, Cuba recibe la ayuda de la U. R. S. S. y «la voluntad de la Unión Soviética de prestar a Cuba una total asistencia para el mantenimiento de su independencia contra una agresión no provocada». Después de esto, Cuba queda completamente incluida en la esfera comunista y sometida internacionalmente al poder soviético. «Che» Guevara así lo reconoció al glosar las conclusiones del Congreso de Moscú: «Cuba quiere seguir el camino de la Unión Soviética.»

Más tarde, pero antes todavía de la invasión, el embajador de Cuba en Moscú hizo el 13 de marzo del presente año, en presencia de Fidel Castro, la siguiente declaración, que no puede ser más explícita:

«Nosotros y los comunistas continuaremos yendo adelante juntos con nuestra verdad... Y los estudiantes de hoy y los estudiantes de mañana estarán muy interesados en ver cómo todo un pueblo se ha hecho comunista, cómo incluso los niños, engañados por las escuelas religiosas, se han convertido en comunistas, y cómo esto seguirá la verdad que une al pueblo cubano. Muy próximamente veremos a todos los pueblos de América hacerse comunistas.»

La ayuda chino-soviética, de acuerdo con estas orientaciones, se ha hecho enorme, y sobre todo en el orden militar ha alcanzado cifras considerables. Desde mediados de 1960 han entrado en Cuba, procedentes del bloque comunista, más de 30.000 toneladas de armas, por un valor de unos 50 millones de dólares. Estas armas no solamente son fusiles y ametralladoras, sino también cañones pesados y de campaña, carros soviéticos de 51 toneladas y aviones. La acumulación de técnicos procedentes de la Unión Soviética, de la Europa oriental y de la China comunista es tal que constituyen hoy una verdadera invasión del territorio cubano. Este personal goza de

especiales privilegios y los cubanos se han visto muchas veces desposeídos de sus viviendas para alojar a los técnicos enviados por el mundo comunista.

Es cierto que no se puede incurrir en una fácil equivocación y calificar de comunista a cualquier movimiento de sentido revolucionario nacionalista, y por lo mismo antinorteamericano. Graves errores sostenidos durante muchos años en su política con los países americanos son pagados hoy duramente por los Estados Unidos en forma de una animadversión total, difundida en todas las capas sociales de todos los países hispanoamericanos. Y consciente la Unión Soviética de esto, ha dado consignas a los partidos comunistas hispanoamericanos y a sus agentes y células clandestinas para que alimenten el sentimiento de reivindicación nacional que se levanta en aquellos pueblos contra su vecino del Norte. De aquí que el comunismo internacional trabaje para introducirse en los movimientos de carácter nacionalista y dirigirlos desde dentro. Se daría en ese caso una adulteración de tales movimientos. Pero hoy no cabe duda de que Cuba se ha constituido en un enclave fundamental en el despliegue estratégico del comunismo internacional en América. Desde antiguo, la conspiración comunista concedió a Cuba una importancia destacada para sus operaciones en el Caribe. Hoy Cuba cumple enteramente esta función. Este es el peligro de la permanencia de la revolución cubana y no el de constituir un peligro militar para los Estados Unidos, como a veces han afirmado algunos ingenuos, porque la nueva estrategia impuesta por una guerra con proyectiles no necesita aproximar las bases de lanzamiento a los objetivos.

Lo importante es que Cuba es hoy la cabeza de puente del mundo comunista en América. Por ejemplo, como la Unión Soviética no tiene más que cuatro Embajadas en todo el Continente, utiliza las cubanas para financiar a los partidos comunistas locales. Esta perfecta coordinación entre comunismo y castrismo se puso de relieve en otoño de 1960 cuando se hizo pública una correspondencia confidencial entre en el embajador de Cuba en Perú, Luis Ricardo Alonso Fernández, y el Departamento de Cuestiones Latinoamericanas del Ministerio de Asuntos Exteriores de La Habana. Esta correspondencia permitió conocer que el Gobierno cubano distribuía fondos al partido comunista peruano por medio de su Embajada ²⁴.

²⁴ Otro ejemplo flagrante del papel desempeñado por las representaciones diplomáticas cubanas en la preparación de actividades subversivas de la mayor gravedad en los países suramericanos lo ha suministrado muy recientemente la documentación confidencial entregada por el ex cónsul general cubano en Buenos Aires, Vitalio de la Torre, en el pasado mes de agosto, al Frente Democrático Revolucionario Anticastroista

Simultáneamente, Cuba recibe de los países comunistas una ayuda comercial importante y que ha aumentado considerablemente en los últimos meses. Basta sólo observar que a comienzos de 1960 sólo era el 2 por 100 del comercio exterior el que se hacía con el bloque comunista y hoy ha al-

en Miami. De la Torre estaba ya desde hacía casi un año en contacto con el Frente Revolucionario, pero permaneció en su puesto precisamente para obtener información sobre las actividades castristas. Cuando a principios de agosto se le ordenó por su Gobierno que se trasladara a Punta del Este para hablar con Ernesto Guevara, con ocasión de la asistencia del dirigente castrista a la Conferencia Interamericana, decidió exiliarse y se trasladó a Miami con dos paquetes de importantísima documentación. En ambos paquetes se contienen ochenta y dos documentos, muchos de los cuales llevan el sello de la Cancillería cubana, y en todo caso se señalan como documentos confidenciales. En ellos aparece la firma del doctor Olivares Sánchez, canciller interino de Cuba durante las ausencias de Raul Roa. Según declaraciones del ex cónsul, el principal agente comunista cubano en la Embajada de Buenos Aires es el encargado de Negocios de Cuba, Guillermo León Antich, que fué seleccionado para ese puesto por «Che» Guevara, por ser un comunista militante «con largo historial de agente provocador en Venezuela y otras regiones de América». Declaró también que Antich se mantiene en estrecha colaboración con las Embajadas del bloque soviético. El conjunto de la documentación parece que revela la existencia de un vasto complot de agitación y de espionaje de extensión continental, aunque referido aquí especialmente a la Argentina. Los puntos en que se concreta este criminal proyecto de subversión son los siguientes: 1) la creación de una escuela para guerrillas en la Argentina. 2) Control de la información, con sabotajes de imprentas, de periódicos, revistas y emisoras de radio y televisión. 3) Campaña dirigida por la Embajada cubana en Buenos Aires contra la Ley de Defensa de la Democracia, propuesta por el Poder Ejecutivo al Congreso argentino. 4) Control del movimiento obrero argentino y preparación de huelgas y conflictos laborales. 5) Establecimiento de una escuela de espionaje en la Argentina. 6) Preparación del terreno para que se consiga que «Che» Guevara visite la Argentina con ocasión de la Conferencia de Punta del Este. 7) Preparación de un plan en combinación con la Embajada cubana en Montevideo para dirigir actividades comunistas en toda la parte meridional de América del Sur. 8) Utilización de una organización existente de contrabandistas de drogas para entrar material de propaganda en la región Norte de la República Argentina y en las naciones vecinas, tales como el Paraguay o Brasil. 9) Montaje de un sistema de espionaje entre los grupos sindicales. 10) Desencadenar una campaña de difamación contra los jefes militares y políticos argentinos que se han pronunciado abiertamente contra el comunismo. 11) Ofensiva de propaganda contra los Gobiernos de los Estados Unidos, Perú y Venezuela. 12) Planes para una mayor penetración en el movimiento estudiantil. 13) Envío de trabajadores, estudiantes e intelectuales izquierdistas argentinos a Cuba para su adoctrinamiento en el marxismo. 14) Organización de un frente izquierdista para promover la agitación en las elecciones argentinas. Toda esta documentación aporta pruebas concluyentes sobre la existencia de muy íntimas relaciones entre la Embajada cubana y la soviética en Buenos Aires, así como con la Agencia Tass.

canzado el 75 por 100. En este desarrollo de la política comercial cubana una parte importante se hace ya con China como consecuencia de la aplicación del acuerdo chino-cubano de diciembre de 1960.

La configuración del régimen cubano como comunista en lo interior está puesta de manifiesto por el hecho de que los pilares fundamentales de la actividad estatal están en manos comunistas: el ejército, la milicia popular, la educación, la prensa, el comercio, etc. (A este respecto es muy revelador el artículo publicado por el dirigente comunista cubano J. Marinello, en la revista órgano del Comité Central del Partido Comunista soviético, *Kommunist*, en el número de enero de 1961.)

Especial atención y cuidado ha tenido el comunismo en el ámbito de la educación. Por lo pronto, eliminación de toda influencia religiosa desde la primera enseñanza, incautándose de los colegios y expulsando a los religiosos y sacerdotes, en su mayoría españoles, que ejercían la docencia en la isla. Al frente de la Dirección de Enseñanza Primaria se ha instalado una comunista, Dulce María Escalona Almeida, y también un comunista dirige el Departamento de Cultura en el Ministerio de Educación.

Todo el conjunto de la economía cubana recibe una orientación comunista desde arriba, o sea desde la Oficina Central de Planificación, y el Instituto Nacional de la Reforma Agraria, encargado de la aplicación de reforma de 17 de mayo de 1959, bajo la dirección de elementos comunistas garantiza la estatificación de la agricultura con arreglo a fórmulas soviéticas. En las manos de Raúl Castro está el Ejército y en las de «Che» Guevara la Banca Nacional, y el carácter de adheridos al comunismo de ambos no presenta esas dudas con que se rodea la figura de Fidel Castro. El Banco del Comercio Exterior tuvo también a su frente a un conspicuo comunista, Jacinto Torras, durante muchos años redactor económico del periódico comunista *Noticias de Hoy*. «Prensa Latina», la agencia de prensa del Gobierno, está también en buena parte en manos comunistas, y por su vinculación con la agencia «Tass», muchos de sus corresponsales lo son también de la agencia soviética.

No podemos, ni es nuestro propósito aquí, dar con carácter total los datos que demuestran que el Gobierno cubano es hoy un Gobierno comunista, por sus dirigentes y por sus realizaciones. Basta con lo dicho.

Por encima de todo, vigilando, ordenando, la Unión Soviética domina sobre la situación cubana. En La Habana, capital del primer país hispanoamericano entregado al bloque comunista, cuenta con una Embajada que, por lo mismo, iguala o supera en importancia al papel desempeñado por la

de Montevideo en las etapas anteriores del movimiento comunista hispanoamericano. Al frente de ella ha puesto un hombre de acreditada experiencia en tejer una red de espionaje y de acción subversiva: Serge Mihailovitch Kudriavtsev, ex secretario de la Embajada del Canadá en 1946, cuando se descubrió el tenebroso negocio de espionaje por la huida de Igor Guzenko, funcionario encargado de las claves de la Embajada. Como consecuencia de las investigaciones efectuadas por la policía canadiense se redactó un »Informe de la Comisión Real«, en donde se puede leer lo siguiente: «En la medida en que los hechos son conocidos, el primer jefe del espionaje militar soviético en el Canadá era Serge Kudriavtsev, cuyo título oficial era primer secretario de la Embajada.»

Hay garantía, pues, de que la revolución cubana no se apartará de los carriles en que el comunismo internacional la ha puesto, y de que Cuba va a desempeñar, está ya desempeñando, un papel esencial en el posterior desarrollo de la conspiración comunista en Hispanoamérica.

FERNANDO MURILLO RUBIERA